

DEPETRIS, José C. & Pedro E. VIGNE.

Los rostros de la tierra.

Iconografía indígena de La Pampa, 1870-1950.

Santa Rosa, Universidad Nacional de Quilmes – Ediciones Amerindia, 2000, 203 p.

VEZUB, Julio. *Indios y soldados.*

Las fotografías de Carlos Encina y Edgardo Moreno durante la "Conquista del Desierto".

Buenos Aires, El Elefante Blanco, 2002, 114 p.

Fotos: "Indios" en el objetivo

Daniel Villar

Universidad Nacional del Sur- Universidad Nacional de La Pampa

Una ligadura sutil, impremeditada por sus autores, vincula estos dos libros. No sólo por la obvia identidad de actores –principalmente "Indios" y "soldados" –, sino porque leyéndolos en el orden propuesto revelan dos momentos sucesivos de la tragedia en que ambos jugaron papeles antagónicos, y exhiben un único tema con múltiples variaciones: la apropiación de un mundo, los signos que esa violenta empresa descarnada inscribe en los cuerpos y las *almas* de los hombres.

1. Julio Vezub ofrece un estudio del album de Encina, Moreno & Cia., titulado *Vistas fotográficas del Territorio Nacional del Limay y Neuquen*, producto de la expedición científica que los ingenieros Carlos Encina y Edgardo Moreno, por encargo de Julio Roca, llevaron a cabo entre los años 1882 y 1883 al *País de la Manzananas*.¹ Los acompañaba un fotógrafo, Pedro Morelli, que registró la inmensidad del paisaje y a los hombres sumergidos en ella –o aislados de ella-, jugando con escalas y magnitudes, creando la imagen de un desierto -tierra, animales, plantas, hombres *naturales*, diferentes, irredimibles- que reclamaba sometimiento y transformación.

El volumen se abre con textos breves de Rodolfo Casamiquela y de Mauricio Gribaudi, seguidos por una introducción del autor y doce secciones en las que se examinan una serie de asuntos sugeridos por las fotografías. A partir de estas, Vezub plantea una lectura estimulante que obliga a detenerse, a observar detalles, a interpretar, en fin, a penetrar sentidos apenas sugeridos en la tersa superficie de las imágenes que sólo una mirada más pausada captará en todo su significado.

2. En *Los rostros de la Tierra* -precedidas por un prólogo (escrito por Wal-

¹ Territorio bajo control indígena hasta la época que se indica en el texto, y aproximadamente coincidente con la actual jurisdicción de la Provincia de Neuquén, Argentina.

ter Cazenave) y cuatro secciones en las que se alude al porqué del libro (Pedro Vigne), a la inexistente representación estadística de grupos étnicos en el Censo Nacional de 1895, a su radicación posterior a las campañas de 1879-1880, y a las particularidades del conjunto iconográfico (estas tres últimas, a cargo de José Depetris), se presentan fotografías de los Indígenas del territorio de la pampa centro-occidental², ordenadas según la pertenencia o radicación de las personas retratadas y tomadas sobre todo en épocas posteriores a su pérdida de autonomía tribal.

3. Dejaré para otra ocasión una reseña convencional de estas obras. Prefiero hacer un comentario que estimule el interés por leerlas.

Violencia es lo que he visto -lo que verán- reflejado. En el trabajo de Julio Vezub, el estado *liberal*, sus armas, su religión, su ciencia, reduciendo, convirtiendo, describiendo, ordenando, legitimando; apoderándose de los espacios, de los cuerpos, de las *almas*, de los muertos desenterrados, diseminados, exhibidos como advertencia y demostración a la vez.

Cuánta distancia separa la carne viva que estas fotos exponen con aquellas otras imágenes hagiográficas debidas al oficio más prestigiante de la pintura. Qué reveladora resulta su visión comparada: la llana materialidad de la empresa, la pura acción, la tensión que se cuele en los encuadres de Morelli (más allá incluso de su propia voluntad) y la deliberada visión del complaciente Blanes que presentó con prolijidad casi escolar a los protagonistas *civilizados* de la *epopeya* en actitud de desfile.

Esa misma diferencia se expresa en los rostros arrasados por todas las miserias que exhiben los retratos presentados por Depetris & Vigne. Las pobríssimas ropas hablan de la desnudez del cuerpo, aunque mucho más dicen, como los ojos, de la desnudez del *alma*: rostros impasibles y resignados en las mujeres, azorados o temerosos en niños y muchachos; desafiantes, turbias o cansadas las miradas de los hombres. Pero sobre todo, rostros que denotan inmensa soledad. Porque la individualidad de estas fotos documenta el desmembramiento de un mundo que cobraba gran parte de su sentido en términos colectivos: estas gentes fueron personas en tanto miembros de un grupo que incluyéndolos, promoviéndolos, les permitía serlo. *Prontuarizados*, estigmatizados por sus carencias, reducidos al aislamiento, proclaman que sus vidas han perdido una parte primordial de su sustancia.

Los *retratos*, por lo tanto, no hacen sino reproducir, reduciéndola a escala mínima, una desarticulación que antes se había alcanzado en dimensión *panorámica* de la realidad: la ausencia de conjunto reclama al conjunto. Fotografiarlos de a uno es como decir "*vean lo que sucedió, vean lo que podría volver a suceder*". El estado *liberal* sabe muy bien -lo sabe hoy- que su potencia antagónica está precisamente en el numeroso concierto de las voluntades reasumidas. Por eso separa, desune, reduce, previene, *domestica*, crea archipiélagos: retrata la soledad. Pero si-

2 También en este caso, se trata de espacios ocupados por Indígenas hasta 1879-1880, hoy en día incorporados a la Provincia de La Pampa, Argentina.

multáneamente, más allá de la intención admonitoria, exhibe su debilidad esencial: también se retrata, también deja que se le vea un *alma* que se agota en la violencia y la gula y se encierra en la desinteligencia, en la incapacidad de sumar.

4. Aquí está, creo, el hilo que une a ambos textos. Depetris & Vigne muestran hombres, mujeres, viejos, jóvenes y niños incompletos, caídos, una especie de restos maltrechos de un enorme naufragio que, a punto de ser tragado por las aguas, habíamos percibido antes en las imágenes presentadas por Vezub. Pero las fotografías también develan la torva naturaleza del poder montado a horcajadas de esos crímenes.

Porque las imágenes rara vez son sólo imágenes del momento en que se apretó el disparador. Su lectura involucra el pasado, pero no se refiere exclusivamente a él: siempre aluden al presente de una forma levemente ominosa, en ellas también está escrito lo que no fue. Será por eso que mirar nuestras fotografías provoca una risa nerviosa, causa incomodidad, un cierto desasosiego. Será por eso que dicen que ciertos Indígenas decían (dicen) que fotografiarse comporta un riesgo: habrá que tener cuidado, las fotos se llevan consigo pedacitos del *alma* hacia el futuro.

¿Qué nos dirían de sí los fotografiados, si hoy pudiesen ver estas imágenes? se pregunta Casamiquela. No lo sé. Siento que no debo convertirme en intérprete del erguido Millamain y los demás. Ellos ya no habitan Ñorquin. Pero puedo ensayar la respuesta que la firme mirada escrutadora de Luis Baigorria me reclama y que las imágenes sugieren.

En medio de una de las más fragorosas tormentas vividas por los argentinos en tiempos contemporáneos, las fotos de los *Indios*, vamos, las fotos de la gente del pueblo, del común, las fotos del pobrerio, nos hablan claro para decirnos que no quieren volver a vernos en la derrota. Gritan que es necesario inventar un camino distinto al que ellos y nosotros recorrimos, porque estas fotos tomadas en el siglo XIX pero vistas hoy, exhiben la curiosa magia de anticipar adónde lleva: nos lo muestran aquellas fotos amarillentas tanto como estas otras, novísimas, de colores brillantes y terribles, que traen a la memoria tribulaciones más recientes, dibujando un círculo de hierro del que hemos tardado cien años largos en comenzar (espero) a evadirnos. Proclaman que debemos trabajar como se pueda, con precisa desconianza, con la tozudez y la fuerza del agua, o de la historia. Sólo así, quizá, llegará al fin la época de la *florida existencia*, el día de "la alegría general" que pronosticó Rodolfo Walsh, nativo de Choele Choel. Y no será por arte de encantamiento, sino porque nos lo habremos ganado. No estará en el pasado, en la Edad de Oro, ni será una promesa siempre postergada para el futuro: será un presente que resplandezca, un pan que se reparta en pedazos iguales entre todos.

Entonces -recién entonces- podremos mirar nuestras fotos sin pesares.

Bahía Blanca y Santa Rosa, 20 de diciembre de 2002.